

SONATA DEL CLARO DE LUNA

Yannis Ritsos

Traducción: Selma Ancira.

(Una noche de primavera. La habitación grande de una vieja casa. Una mujer de edad, vestida de negro, le habla a un hombre joven. No han encendido la luz. Por ambas ventanas entra una despiadada luz de luna. Olvidé decir que la Mujer de Negro ha publicado dos o tres interesantes colecciones de poesía sacra. Y bien, la Mujer de Negro le habla al joven):

Deja que vaya yo contigo. ¡Qué luna la de esta noche!
Es benévola la luna, no se notará
que mis cabellos han encanecido. La luna
los hará rubios de nuevo. No te enterarás.
Deja que vaya yo contigo.

Cuando hay luna las sombras crecen en la casa,
manos invisibles corren las cortinas,
un dedo escribe suave sobre el polvo del piano
olvidadas palabras, no quiero oídas. Calla.

Deja que vaya yo contigo,
déjame bajar un poco, hasta la tapia de la fábrica de ladrillos,
hasta el lugar donde tuerce el camino y surge
la ciudad enjalbegada y etérea, blanca a la luz de la luna,
tan indiferente, tan inmaterial,
tan verosímil y tan metafísica
que finalmente puedes creer que existes y no existes
que nunca has existido, que no ha existido el tiempo ni su deterioro.
Deja que vaya yo contigo.

Nos sentaremos un momento arriba, en lo alto,

y con el soplo de la primavera
podremos incluso imaginar que volamos,
porque muchas veces, y aún ahora, confundo el susurro de mi
vestido
con el de dos fuertes alas que se agitan,
y envuelta en ese sonido de vuelo
siento prieto el cuello, las costillas, la carne,
y así, hecha un ovillo, entre los músculos del cielo azul,
entre los vigorosos nervios de la altura,
ya no importa si voy o si vuelvo
ni tiene importancia que haya encanecido mi cabello
(no es eso lo que me apena, lo que me apena
es que no encanezca también mi corazón).
Deja que vaya yo contigo.

Ya sé que cada uno anda solo en el amor,
solo en la gloria y en la muerte, solo.
Lo sé. Lo he probado. No sirve de nada.
Deja que vaya yo contigo.

Esta casa está embrujada, me expulsa,
quiero decir que ha envejecido mucho: los clavos se desprenden,
los cuadros se lanzan como si saltaran al vacío,
el enlucido cae en silencio
como cae de la percha el sombrero del muerto en el corredor en
sombras
como cae del regazo del silencio su gastado guante de lana
o una cinta de luna sobre el viejo sillón desvencijado.

Alguna vez también fue nuevo, no ese retrato que miras con tanta
desconfianza,
hablo del sillón: tan cómodo que podías sentarte horas enteras
y soñar cualquier cosa con los ojos cerrados:
una playa lisa, humedecida, barnizada por la luna,
más brillante que mis viejos botines, que todos los meses llevo al
limpiabotas de la esquina,
o la vela de una barca pesquera que se pierde en el horizonte
mecida por su propio aliento,
vela triangular como un pañuelo doblado al sesgo únicamente en
dos,
así, como si no tuviera nada que encerrar o conservar
u ondeara bien abierta en señal de despedida. Siempre me
encantaron los pañuelos,
no para tener algo atado,
nada de semillas de flores o manzanilla recogida en los campos al
atardecer,
ni para hacerle cuatro nudos como al casquete que usan los
obreros de la construcción de enfrente,
ni para limpiarme los ojos, he conservado bien la vista;
jamás he usado lentes. Un simple capricho, los pañuelos.

Ahora los doblo en cuatro, en ocho, en dieciséis
para ocupar mis dedos. Me acabo de acordar
que así contaba las notas cuando iba al Conservatorio
con delantal azul y cuello blanco, con dos trenzas rubias,
-8, 16, 32, 64-
de la mano de una pequeña amiga mía de piel aterciopelada,
toda luz y flores color de rosa,

(perdona estas palabras, es una mala costumbre) -32, 64- y mis padres albergaban

grandes esperanzas en mi talento musical. En fin, te hablaba del sillón

-desvencijado-al descubierto los oxidados resortes, la paja- pensaba llevarlo a la mueblería de al lado,

pero dónde encontrar el tiempo y el dinero y el ánimo -¿y qué arreglar primero?-

pensaba echarle una sábana encima: tuve miedo

de la sábana blanca a la luz de la luna. Aquí se sentaron

hombres que soñaban grandes sueños, como tú y como yo,

y que ahora descansan bajo tierra sin que la lluvia ni la luna les afecte.

Deja que vaya yo contigo.

Nos detendremos un momento en la cima de la escalera de mármol de San Nicolás,

después tú bajarás y yo volveré

llevando en mi hombro izquierdo el calor del roce fortuito de tu brazo

y uno o dos rectángulos de luz de las pequeñas ventanas de ese barrio

y la blanca neblina de la luna que será como un largo cortejo de cisnes plateados,

no temo esa expresión porque antaño yo,

muchas noches de primavera conversé con Dios, que se me apareció

vestido con la niebla y la gloria de un claro de luna como éste,

y a Él sacrificé muchos jóvenes, aún más bellos que tú,

así, pura e inalcanzable, evaporándome en mi llama blanca, en la
blancura del claro de luna,
abrasada por la insaciable mirada de los hombres y por el éxtasis
indeciso de los adolescentes,
cercada por magníficos cuerpos bronceados por el sol,
por fuertes miembros ejercitados en la natación, el remo, el
atletismo, el balompié (que yo fingía no ver)
cercada por frentes labios y cuellos, rodillas dedos y ojos,
pechos y brazos y muslos (y de verdad no veía)
-¿sabes?, a veces, cuando te extasías, olvidas el porqué del
éxtasis, te basta tu embeleso-
¡Dios, qué ojos como estrellas!, y me elevaba entonces a una
apoteosis de astros negados
porque así, cercada por fuera y por dentro,
no me quedaba más camino que no fuera camino arriba o camino
abajo. Y no, no basta.
Deja que vaya yo contigo.

Sé que ha pasado ya el momento. Déjame;
tantos años y días y noches y púrpuras mediodías me quedé sola,
inexorable, sola e inmaculada,
aun en mi lecho conyugal inmaculada y sola,
escribiendo versos gloriosos en las rodillas de Dios,
versos que, te aseguro, quedarán como tallados en un mármol
impecable
más allá de mi vida y de la tuya, mucho más allá. No basta.
Deja que vaya yo contigo.

Esta casa ya no me tolera.

Ni yo tolero ya su peso en mis espaldas.
Siempre andar con cuidado, mucho cuidado,
aguantar la pared con el aparador
el aparador con la vieja mesa tallada
la mesa con las sillas
las sillas con las manos
la viga que se viene abajo con el hombro.
Hasta el piano parece un negro féretro cerrado. No te atreves a
abrirlo.
Todo el tiempo hay que andar con cuidado, mucho cuidado, no se
vayan a caer, no te vayas a caer. No puedo más.
Deja que vaya yo contigo.

Esta casa, pese a todos sus muertos, no piensa en morir.
Insiste en vivir con sus muertos
en vivir de sus muertos
en vivir de la certeza de su muerte
y aun en acomodar a sus muertos en vetustas camas y anaqueles.
Deja que vaya yo contigo.

Aquí, por más quedo que camine envuelta en la niebla de la noche,
con pantuflas o descalza,
algo cruje: un vidrio se resquebraja o un espejo,
se oyen pasos, y no son los míos.
Afuera, en la calle, quizá esos pasos no se oirían,
el arrepentimiento, dicen, calza zuecos,
y cuando intentas mirar este espejo o el otro,
mirar más allá del polvo y de las grietas,
distingues tu rostro opaco y roto en mil pedazos,

tu rostro que tanto pediste a la vida conservara diáfano y entero.

Al claro de la luna el borde del vaso brilla
como una navaja curva, ¿cómo llevarlo pues hasta mis labios?
por más sed que tenga, ¿ cómo llevarlo hasta mis labios?, ¿ Ves?
Aún tengo humor para comparaciones, es lo que me queda,
y eso me da la certeza de que aún estoy aquí.
Deja que vaya yo contigo.

A veces, cuando cae la noche, tengo la sensación
de que detrás de las ventanas pasa el domador con su pesado y
viejo oso
el pelaje todo púas y cardos
levantando el polvo en las calles del barrio
una solitaria nube de polvo que inciensa al crepúsculo;
los niños han vuelto ya a sus casas y no los dejan salir de nuevo
pese a que adivinan detrás de las paredes el paso del viejo oso
y el oso, cansado, marcha en la sabiduría de su soledad, sin saber
adónde ni por qué,
ha engordado, ya no puede bailar sobre sus patas traseras
ni usar su gorrito de encaje para divertir a los niños, a los
holgazanes, a los exigentes,
y lo único que quiere es echarse al suelo
dejándose patear la barriga, jugando así su último juego,
mostrando su terrible poder de renuncia,
su insumisión ante los intereses de los otros, ante las argollas que
lleva en los belfos, ante las necesidades de sus dientes,
su insumisión ante el dolor y ante la vida
en alianza con la muerte, aunque sea una muerte lenta,

su insumisión final ante la muerte sabiendo que la vida continúa y que sigue su camino sensata y pronta por encima de su esclavitud.

Pero ¿quién puede jugar ese juego hasta el final?

Y el oso de nuevo se levanta y marcha

sometiéndose a su collar, a sus argollas, a sus dientes,

sonriendo con sus destrozados belfos a las míseras monedas que le lanzan niños bellos e inocentes

(bellos justamente por su inocencia)

y agradeciendo. Porque los osos que envejecen

sólo han aprendido a decir: gracias, gracias.

Deja que vaya yo contigo.

En esta casa me ahogo. Y es que la cocina

es como el fondo del mar. Las pequeñas cafeteras colgadas brillan como redondos como inmensos ojos de peces fabulosos,

los platos se mueven lentamente cual medusas,

algas y conchas se aferran a mis cabellos, no logro arrancarlas,

no consigo alcanzar la superficie,

la bandeja se me cae de las manos en silencio, me desplomo

y veo subir las burbujas de mi respiración, suben

las miro e intento distraerme

y me pregunto: si alguien estuviera arriba y viera esas burbujas, ¿qué diría?

¿Quizá que uno se ahoga o un buzo tantea las profundidades?

Y en verdad no son pocas las veces que descubro allí, en el fondo del ahogo,

corales y perlas y tesoros de barcos zozobrados,
inesperados encuentros pasados y presentes y futuros,
casi una confirmación de la eternidad,
cierto alivio, cierta sonrisa de inmortalidad, como suele decirse,
cierta felicidad, embriaguez, y también entusiasmo,
corales y perlas y zafiros;
sólo que no sé darlos, no, sí los doy;
sólo que no sé si pueden aceptarlos, y sin embargo los doy.
Deja que vaya yo contigo.

Un momento, voy a buscar mi abrigo.
El tiempo es inestable y algo hay que cuidarse.
Es húmeda la noche, y la luna,
¿no te parece que la luna hace que crezca el frío?

Deja que te abotone la camisa, qué fuerte tu pecho,
qué luna tan fuerte, digo, el sillón, cuando levanto la taza de la
mesa
queda un agujero de silencio, y entonces enseguida pongo la palma
de mi mano encima
para no mirar dentro: pongo la taza en su lugar;
también la luna es un agujero en el cráneo del universo, no mires,
es una fuerza magnética que te atrae, no mires, no miren,
oigan lo que les digo, caerán dentro. Este vértigo atractivo, ligero -
caerás-
la luna es un pozo de mármol,
sombras que se mueven y alas mudas; y voces misteriosas, ¿no las
oyen?

Honda, honda la caída,
honda, honda la subida,
la etérea estatua compacta en sus alas abiertas,
hondo, hondo el implacable beneficio del silencio,
luces parpadeantes en la otra orilla, como cuando te meces en tu
propia ola,
aliento del océano. Bello, ligero
este vértigo, ten cuidado, caerás. No me mires a mí,
mi lugar es la indecisión, soberbio vértigo. Así todas las tardes
tengo un poco de dolor de cabeza, unos mareos.

A veces cruzo a la farmacia por una aspirina,
otras me vence la desidia y me quedo con mi dolor de cabeza
a oír entre estas paredes el ruido sordo de las tuberías del agua,
o me preparo un café y, siempre distraída,
me descuido y hago dos, ¿quién tomará el otro?,
es curioso, lo dejo en el alféizar para que se enfríe
y llega a ocurrir que me bebo el segundo, mirando a través de la
ventana la luz verde de la farmacia
como el faro verde de un silencioso tren que viene a llevarme
con mis pañuelos, mis zapatos deformados, mi bolsa negra, mis
poemas,
sin una sola de mis maletas, ¿qué haría con ellas?
Deja que vaya yo contigo.

Ah, ¿te vas? Buenas noches. No, no iré. Buenas noches.
Saldré dentro de poco. Gracias. Porque, a fin de cuentas, debo
salir de esta casa agrietada.

Debo ver un poco la ciudad -no, no la luna-

la ciudad con sus manos callosas, la ciudad del salario,
la ciudad que jura por su pan y por su puño,
la ciudad que a todos nos soporta sobre sus espaldas
con nuestras pequeñeces, nuestras maldades, nuestros odios,
con nuestras vanidades, nuestra ignorancia y nuestro
envejecimiento,
debo oír los grandes pasos de la ciudad,
no debo oír más tus pasos
ni los pasos de Dios, ni siquiera los míos. Buenas noches.

(La habitación se oscurece. Parece que una nube hubiera ocultado la luna. De repente, como si alguien hubiera subido el volumen de la radio del bar del barrio, se oye una frase musical muy conocida. En ese momento me doy cuenta de que la Sonata del claro de luna, la primera parte, a un volumen casi inaudible, ha acompañado toda la escena. Ahora el joven bajará con una sonrisa irónica y tal vez compasiva en sus labios bien delineados y también con una sensación de liberación. Cuando llegue justamente a San Nicolás, antes de bajar la escalera de mármol, reirá; la risa será fuerte, incontenible. Bajo la luna, su risa no parecerá fuera de lugar. Quizá lo único fuera de lugar sea que no esté fuera de lugar. En breve el Joven guardará silencio, adoptará un aire serio y dirá: «El ocaso de una época». Así, del todo tranquilo ya, volverá a desabotonarse la camisa y emprenderá su camino. En cuanto a la Mujer de Negro, no sé si finalmente salió. La luz de la luna brilla de nuevo. Y en los rincones de la casa las sombras se encogen presas de un insoportable arrepentimiento, casi furia, y no tanto por la vida, cuanto por la inútil confesión. ¿La oyen? La radio continúa):

The image shows a musical score for piano, consisting of two staves: a treble staff on top and a bass staff on the bottom. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The time signature is not explicitly shown but appears to be 3/4. The score is divided into three measures. In the first measure, the treble staff has a series of eighth notes (G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4) with a slur and a hairpin crescendo. The bass staff has a half note (F#3) with a dynamic marking 'd'. In the second measure, the treble staff has a series of eighth notes (A4, B4, C5, B4, A4, G4) with a slur and a hairpin crescendo. The bass staff has a half note (F#3) with a dynamic marking 'p'. In the third measure, the treble staff has a series of eighth notes (G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4) with a slur and a hairpin crescendo. The bass staff has a half note (F#3) with a dynamic marking 'p'. The instruction '(misterioso)' is written in the bass staff at the beginning of the third measure.